


## MEDIOS NARRATIVOS PARA FINES TERAPÉUTICOS

WHITE, MICHAEL Y EPSTON, DAVID. BARCELONA, ESPAÑA, EDITORIAL PAIDÓS, 1993

TÍTULO ORIGINAL: NARRATIVE MEANS TO THERAPEUTIC ENDS, 222 PÁGS.

 uando en el horizonte de las ciencias sociales hicieron su aparición las ideas sobre construcción social, y se desplazó el foco del individuo a la relación como lugar del conocimiento, la atención y la reflexión en torno al lenguaje no se han hecho esperar. La obra de White y Epston se ubica justamente en este esfuerzo por dar cuenta del lenguaje en la construcción social de conocimiento, marcando un énfasis especial en su relación con el poder.

Dada la pertinencia del tema en las discusiones contemporáneas del Trabajo Social, y en especial, en el ámbito de aproximación a la familia como sujeto de investigación e intervención terapéutica, he considerado importante presentar una de las obras que podría denominarse clásica en el contexto de la terapia sistémica y uno de cuyos autores, Michael White, da cuenta del proceso actual de la profesión, en el marco de los aportes de la Terapia Familiar y en un entorno bastante diferente al nuestro, en Australia.

Basados en el análisis de Michel Foucault sobre la historia moderna y en el cual se plantea la discusión en torno al conocimiento como poder, según la cual el conocimiento y las prácticas discursivas tienen un efecto mediador sobre la experiencia y las prácticas cotidianas, al cual no es posible sustraerse. Estos terapeutas familiares sustentan la construcción de una técnica novedosa y revolucionaria para la intervención profesional, a la cual ellos denominan externalización del problema y con base en ella ofrecen un creativo repertorio de medios para la conversación con consultantes y familias en el contexto terapéutico. Establecen una analogía entre el texto y la terapia, según la cual “las personas dan sentido a sus vidas y relaciones relatando su experiencia y, al interactuar con otros en la representación de estos relatos, modelan sus propias vidas y relaciones”<sup>1</sup>.

Cuando las personas experimentan problemas que las llevan a buscar intervención terapéutica, se supone que hay “una narración dentro de la cual relatan su experiencia o dentro de la cual su experiencia es relatada por otros, que no es satisfactoria, porque no representa suficientemente sus vivencias”<sup>2</sup>.

---

1 WHITE y EPSTON, D., p. 30.

2 *Ibíd*em, p. 43.

Entonces el relato se toma opresivo y dominante, adquiriendo el valor de "conocimiento unitario" o "verdad dominante" que subyuga otros relatos y otras posibilidades narrativas. Mediante la externalización se insta a las personas a dar forma a los problemas que las oprimen y a separarlos de sí mismas y de las relaciones a las que se consideran inherentes, colocándolos por fuera, como una entidad o cosa separada, que en el proceso de esta diferenciación se toma menos restrictiva y posible de enfrentar.

Sorprende la capacidad de la obra para entrelazar estéticamente conceptos del orden epistemológico y ontológico con métodos y técnicas que se apoyan en el lenguaje, y específicamente en el lenguaje escrito.

El libro "Medios narrativos para fines terapéuticos" da cuenta de un esfuerzo evidente por separarse de la retórica habitual, objetiva y distante, que caracteriza los textos científicos positivistas, y pone en práctica de manera rigurosa un modo alternativo de intervención a través de géneros literarios como la metáfora y la narrativa, planteando así una nueva y distinta posibilidad de desarrollar conocimiento en el ámbito de la terapia familiar.

Este doble y simultáneo giro se desarrolla a través de cuatro capítulos. El primero establece la relación entre relato, conocimiento y poder, y a partir de la obra de Foucault adopta como supuesto básico la idea de que la intervención profesional, en general, y la terapia familiar en particular establecen relaciones de poder. Por ejemplo, las prácticas tradicionales que utilizan distintas disciplinas para valorar y hacer el diagnóstico sobre el problema de una persona, una familia, un grupo, una comunidad y hasta una cultura entera, son prácticas discursivas en las cuales, y casi siempre en forma inadvertida, se resta poder a las personas, otorgándose a los problemas que las aquejan.

Es frecuente la situación en la cual una persona es descrita desde la patología o el problema que presenta: El esquizofrénico, la abandonada, el maltratador, el autista, los desplazados, son términos que aparecen en las definiciones que los profesionales hacen de las personas con quienes interactúan en el escenario de su trabajo. A esas prácticas discursivas White y Epston se oponen, argumentando que las mismas constituyen controles sociales invisibles que juzgan y mantienen patrones culturales implícitos.

El segundo capítulo propone la externalización del problema, la cual como ya he mencionado, desarrolla un método alternativo para definir los problemas como algo que les ocurre a las personas, afectándolas y afectando sus relaciones. El texto precisa, de manera rigurosa, algunas técnicas para definir el problema que se debe externalizar y su relación con las personas, examinando cuidadosamente su dinámica y su dirección. Lo cual plantea, necesariamente, la indisolubilidad del vínculo entre ética y conocimiento, y añade uno nuevo, el vínculo con la estética, es decir que la intervención debe ser rigurosa y consistente con unos supuestos conceptuales, profundamente respetuosa con los seres humanos a los cuales se dirige, y debe también incluir elementos creativos

que la hagan coherente y armoniosa. La manera como se desarrolla esta parte de la obra contrarresta el riesgo de trivializar y simplificar el repertorio instrumental, que supone la utilización de técnicas de intervención por fuera de sus marcos referenciales.

En el tercer capítulo, los autores establecen algunas distinciones entre el pensamiento lógico-científico y el que denominan pensamiento narrativo y a través de la metáfora literaria, establecen los relatos como el modo de comprender las vidas y las relaciones de los seres humanos, en los cuales más que veracidad empírica y formal, lo que se establecen es el realismo y la verosimilitud necesarios para continuar viviendo vidas más dignas y libres del control de historias opresivas. Recogiendo una tradición de muchas culturas modernas y contemporáneas como son las cartas, las cuales a su vez ya forman parte de la tradición sistémica, White y Epston las proponen con estrategia narrativa. Esto significa que las cartas podrían trascender el nivel pragmático, como instrumento para transmitir mensajes y se podrían convertir en un medio para construir historias alternativas en el contexto terapéutico.

El capítulo que cierra la obra parte de una crítica al lenguaje experto con el cual se traducen las quejas de las familias en el ámbito terapéutico convencional y que, según los autores, reproduce y sostiene el panóptico virtual que constituye la relación profesional en el ámbito positivista.

Desarrolla como propuesta una serie de "contradocumentos" que usando frases y palabras comunes de una manera no usual, pretende establecer una relación más igualitaria entre profesionales y consultantes, reconociendo y usando como válidas las descripciones que éstos hacen sobre sus circunstancias, e introduciendo de manera muy novedosa las posibilidades de cambio.

Vale la pena insistir en la importancia de la obra en el marco construccionista, pues la misma logra trascender la línea argumentativa para integrar las voces de profesionales y familias a través de los medios narrativos, mostrando nuevas posibilidades para las prácticas culturales, las ciencias sociales, y la intervención profesional: ¡Un excelente desafío para el Trabajo Social!

**Bárbara Zapata C.**